Benjamín Martín Sánchez
profesor de Sagrada Escritura
y
Andrés Codesal Martín

LOS EVANGELIOS ILUSTRADOS

(Vida de Jesucristo)

Hechos de los apóstoles y
Tiempo histórico de la Iglesia

Predicad el Evangelio
a toda criatura... *(Mc 16, 15)*

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 – Sevilla-3

NIHIL OBSTAT
Antonio Martín Llamas, Lic. en S.E.
Zamora, 14 de enero de 1984

IMPRIMATUR
Benito Pelaez Velasco
Vicario General del Obispado
Zamora, 18 de enero de 1984

ISBN: 84-365-2314-8
Depósito legal B-10296-84

Impreso en E.S.G., S.A.
Lisboa, 13 - Barberá del Vallés
(Barcelona)

Impreso en España
Printed in Spain

A MIS LECTORES

Aquí tenéis LOS EVANGELIOS ILUSTRADOS con los «Hechos de los Apóstoles» por ser su complemento. *Los Evangelios* son la parte más importante de la Biblia por referirnos la vida, la doctrina y milagros de Jesucristo. *Los Hechos de los Apóstoles* son una continuación de los mismos Evangelios porque en ellos se nos narra lo que fue la vida y el apostolado de la Iglesia en los años que siguieron a la muerte, resurrección y Ascensión de Jesucristo al cielo, y el papel que en estos años desempeñaron los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo, y al final del libro hemos creido oportuno poner el llamado «Tiempo histórico de la Iglesia».

Los cuatro Evangelios, que en realidad no forman más que *uno solo* porque escritos por los cuatro evangelistas (según San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan) se completan entre sí, no van escritos cada uno de por sí seguidamente como están en la Biblia, ni como aparecen los «Evangelios concordados», sino en la forma que véis, y de tal modo que todo el contenido esencial de los mismos va debajo de las láminas que reflejan más al vivo y nos recuerdan las enseñanzas de Jesucristo, resultando así un buen *método intuitivo, ameno y atractivo* con el que se logra que tales enseñanzas queden más gravadas en la mente de todos.

Las láminas han sido aportadas por D. Andrés Codesal Martín, Director del Apostolado Mariano de Sevilla, que es el que me encargó este trabajo, y abarca la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su pasión, muerte y ascensión al cielo, y por eso he procurado condensar debajo de cada lámina, tanto de los Evangelios como de los Hechos, las escenas evangélicas que presentan a nuestra vista.

Que el presente libro contribuya a que en todos crezca más y más el conocimiento de N.S. Jesucristo es nuestro deseo.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 enero 1984

¿QUIEN ES JESUCRISTO?

El mismo Jesucristo hizo un día esta pregunta a los fariseos (los intelectuales del pueblo judío y que se preciaban de saber las Escrituras): *«¿Que os parece de Cristo?...»*. Y nos dice el Evangelio que no supieron responderle (Mt.22.41-46).

Si hoy hiciéramos esta pregunta a muchos de los que se llaman cristianos: ¿Quién es Jesucristo?, ¿sabrían respondernos?

Como aún hay en la actualidad muchos que se llaman cristianos, que no conocen debidamente a Jesucristo, vamos adarlo a conocer.

– *Jesucristo es una persona histórica* de la que nos hablan los cuatro Evangelios y demás libros del N.T. y de El hacen mención varios historiadores contemporáneos suyos como Flavio Josefo, Tácito y otros.

– *Jesucristo es la persona más grande de la historia* y es la de mayor actualidad, de tal manera que ninguna la puede igualar porque El sólo es Dios. Jesucristo es Dios y hombre a la vez. Es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo. *«De El dan testimonio todos los profetas»* (Hech.10,43).

He aquí los rasgos principales de su vida:

– Como persona histórica que es, nació en tiempos del emperador César Augusto en Belén de Judá, de la Virgen María, según lo tenían anunciado los profetas varios siglos antes, y fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y de un modo totalmente virginal sin intervención de varón (Mt.1,18-25; Lc.1,26 ss).

– Jesucristo pasó treinta años de vida oculta en Nazaret enseñándonos el amor al trabajo, a la oración, a la vida de obediencia.

– Durante tres años ejerció su ministerio público, predicando a las multitudes, formando su Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, al frente del cual puso a San Pedro y a los apóstoles; hizo muchos milagros para confirmar su misión y su doctrina, la cual encierra su mensaje de salvación, y así dijo a sus apóstoles: *«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura...»* (Mc.16,15).

– Hacia los treinta y tres años de su edad tuvo lugar su pasión y su muerte en una cruz. *«Cristo murió por todos los hombres»* (2 Cor.5,15). El *«se entregó a si mismo por la redención de todos»* (1 Tim.2,6). Al tercer día de su muerte resucitó para nunca más morir.

– Con sus milagros, y especialmente con su resurrección, demostró que era no solamente hombre, sino DIOS.

La vida de Jesucristo la tienes en la Biblia, especialmente en los Evangelios.

La vida de Jesucristo

La vida de Jesucristo es una vida maravillosa y única porque se escribió muchos siglos antes de que El naciera. Si preguntamos: ¿De quién se ha escrito su vida antes de nacer? Tenemos que decir: De nadie, sólo de uno, de Jesucristo.

¿Cuándo empezó a escribirse su vida? La empezaron a escribir los profetas antes de que El viniera al mundo.

Los profetas eran los que hablaban en nombre de Dios. Estos se llamaban también «los videntes», porque veían con gran claridad los acontecimientos que habían de suceder en el porvenir.

Es un hecho cierto que *«muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo»* Jesucristo (He.1,1-2).

Dios, pues, nos ha hablado por los profetas, y entre los muchos que hablaron de Jesucristo, tenemos:

– *Abraham,* unos 2.000 años antes anunció que en un descendiente suyo, o sea, en Jesucristo serían benditas todas las naciones de la tierra (Gén.12,2-3; Gál.3,16).

– *Isaías,* profeta del siglo 8.º antes de Cristo, dijo:
- que nacería de una Virgen (7,14; Mt.1,22-23);
- que vendría a evangelizar a los pobres, dar vista a los ciegos... (61,ß ss; Lc.4,17-19);
- que cargaría con los pecados de los hombres y sufriría mucho por salvarlos (Is.53)...

– *Miqueas,* unos siete siglos antes, anunció que nacería en Belén de Judá, y así se cumplió (5,2; Mt.2,1-6).

– *David,* mil años antes dijo que en su pasión repartirían sus ropas y echarían suerte sobre su túnica... (Sal.22,19; Jn.19,24); etc.

– *Jesús es el Mesías verdadero,* porque todas las profecías se cumplie-

ron en El, y podemos comprobar que vino a este mundo conforme a las mismas, y El mismo afirmó que era el Mesías (Jn.4,25; Mt.26,63-64).

Testimonios acerca de Jesucristo

– *Los Evangelistas:* «Jamás persona alguna ha hablado como este hombre (Jn.7,46). «Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y sus respuestas» (Lc.2,47). «Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oirle y a que los curase de sus enfermedades» (Lc.5,15).

– *Los apóstoles:* «¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?» (Mat.8,27).

«Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt.16,16). «Tu tienes palabras de vida eterna» (Jn.6,68).

«Pasó haciendo bien y curando a todos... De El dan testimonio todos los profetas» (Hech.10).

– *Otros testimonios: Judas* dijo: «He entregado la sangre inocente» (Mt.27,4).

Pilato: «Yo no hallo en éste ningún crimen» (Jn.18,38).

El buen ladrón: «Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados, pero éste ningún mal ha hecho» (Lc.24,41).

Los fariseos: «Ya véis que todo el mundo se va en pos de El» (Jn.12,19).

– *Más testimonios:* «El es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn.4,22).

«Jamás hemos visto cosa parecida» (Mc.2,12).

«Todos quedaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo:un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo» (Lc.7,16).

Testimonios de algunos judíos actuales

– *Gósta Lindescog,* ve en el Jesús del judaismo moderno «al hombre más grande que el pueblo judío ha producido..., al reanimador y consumador de la gran tradición profética, al rabino milagroso de quien había de surgir una nueva cultura y un nuevo mundo», y advierte que se va sintiendo simpatía e interés por doquier, «no siendo raro oir el nombre de Jesús en la predicación sinagogal moderna».

– *Max Nordan,* colaborador de Teodoro Herzl, fundador del movimiento sionista, ha escrito: «Jesús es el alma de nuestra alma, al igual que es carne

de nuestra carne. ¿A quién, pues, le agradará excluirlo del pueblo judío?»
– *Schalom BenChorin,* en su obra «Hermano Jesús», escribe: «Jesús es, sin duda, la figura central de la historia del pueblo judío y de la Historia de la fe, pero al mismo tiempo forma parte de nuestro presente y nuestro futuro, al igual que los profetas de la Biblia hebrea, a los cuales no podemos contemplar únicamente a la luz del pasado».
– *Klausner* ha querido asignar a la doctrina del Evangelio un puesto en el judaismo por su ética sin par, calificando a Jesús de «maestro de alta moral y maestro de la parábola de la primera línea».
– *Esslow* dice de Jesús que es la gran encarnación del espíritu del judaismo, del profetismo, del idealismo, de la espiritualidad, del temor de Dios y de la bondad.

Para los judíos, Jesucristo es uno de sus más grandes doctores (así lo llama *Graet Weis*) y hasta un gran profeta de su patria, «un abismo lleno de luz», y *Montefiore* lo pinta ante todo como el profeta judío; pero ellos no lo reconocen aún como Mesías ni como Dios.

Hay un velo espiritual que cubre para los judíos la significación del Antiguo Testamento. Por lo cual ya dijo San Jerónimo: «Leen a Cristo pero no lo entienden». Cuando ese velo sea quitado y «sea descubierto en Cristo», lo conocerán como verdadero Mesías y como Dios y entonces vendrá su conversión (2 Cor.3,12-18).

Hoy tienen en sus colegios como libro de texto el Antiguo Testamento; pero no el Nuevo, que es el que les llevará al conocimiento verdadero de Jesucristo.

Testimonios de algunos sabios racionalistas

– *Renán,* uno de los corifeos racionalistas, que quiso muchas veces embadurnar la gran figura de Jesucristo, sin embargo dijo: «Jesús es la más alta regla de la vida, la más destacada y la más virtuosa. El ha creado el mundo de las almas puras..., Jesucristo nunca será sobrepujado», y en un momento dado, dirigiéndose a El, exclama: «Entre tí y Dios no hay diferencia» (Vie de Jèsus. p.440).
– *Harnack,* cabeza del racionalismo alemán, alaba la grandeza y la fuerza de la predicación de Jesús, y dice: «quien se esfuerce en conocer a Aquel que ha traido el Evangelio, testificará que aquí lo divino ha aparecido con la pureza que es posible que aparezca en la tierra».
– *Loysi,* el apóstata modernista: «Se siente por todo en los discursos de Jesús, en sus actos, en sus dolores, un no sé qué de divino, que le eleva no sólo por encima de la Humanidad ordinaria, sino por encima de los más selectos de la Humanidad».

– *Goethe:* «Me inclino ante Jesucristo, como ante la revelación divina del principio supremo de la moralidad».
– *Wernle:* «Es del todo imposible el representarse una vida espiritual tal como la de Jesús... El era más que un hombre».
– *Straus* escribió: «El Cristo no podía tener sucesor que le aventajase. Jamás en tiempo alguno será posible subir más alto que El, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual».
– *Augusto Sabatier:* «Jesús es el alma más bella y pura que existió jamás elevada a una altura a la que nunca el hombre podrá llegar».
– *Rousseau* llegó a decir: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios».

Jesucristo es ante la ciencia racionalista la persona histórica de la superioridad máxima de la Humanidad, la inteligencia a más sublime, el alma más bella y pura, a quien nadie puede igualar..., y si fueran lógicos y consecuentes, debieran tenerle por Dios. A la luz del Evangelio merece ser aclamado y adorado como Dios.

Cristo está vivo y eternamente presente entre nosotros. Como dice Giovanni Papini en su «Historia de Cristo», Cristo no ha sido expulsado de la tierra. «Su memoria está por doquier. En las paredes de las iglesias y de las escuelas, en las cimas de los campanarios y de los montes, en las ermitas de los caminos, a la cabecera de las camas y sobre las tumbas, millones de cruces recuerdan la muerte del Crucificado».

«Cristo está siempre vivo entre nosotros. Hay todavía quien le ama y quien le odia. Hay una pasión por la pasión de Cristo y otra por su destrucción. Y el encarnecimiento de tantos contra El dice que no está todavía muerto. Los mismos que se esfuerzan en negar su existencia y su doctrina se pasan la vida recordando su nombre».

«Vivimos en la era cristiana. Y no ha terminado. Para comprender nuestro mundo, nuestra vida, para comprendernos a nosotros mismos, hay que ir a El».

Nadie se puede desentender de Jesucristo, porque El es el Salvador del mundo (Jn.4,22), pues «ha venido a salvar a los pecadores» (1 Tim.1,15) y estos son los más necesitados de El, y por serlo todos, ¿a quién vamos a acudir ahora y sobre todo al partir de este mundo, sino a El?

¿Qué dice Jesucristo de sí mismo?

Jesús dijo: «Yo soy el Mesías» (Jn.4,26). «Yo soy el camino, la Verdad y la Vida» (Jn.14,6).

– Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas (Jn.8,2).
– Yo soy la Resurrección y la Vida (Jn.11,25).
– Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último (Apoc.22,13).
– Yo y el Padre somos uno (Jn.10,30). Al decir esta expresión Jesús, los judíos quisieron apedrearle por lo que juzgaban una blasfemia, «porque tu siendo hombre, te haces Dios».

Jesucristo no retractó, antes bien dijo: «El Padre está en mi y yo en el Padre» (Jn.10,31-38). «El que me ve a mi, ve al Padre» (Jn.14,9).

Jesucristo es Dios. El se proclamó Hijo de Dios y Dios verdadero. Cuando el sumo pontífice Caifás dijo a Jesús: «Te conjuro por Dios vivo a que me digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios», Jesús le dijo: «Tu lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo» (Mt.23,63-64), y era como decirles: Vosotros me juzgáis ahora, pero ya llegará el día en que venga a juzgaros a todos.

Nota: Remito a mi libro: *«Los grandes interrogantes de La Religión»* al que desee conocer todas las pruebas que tenemos para afirmar que Jesucristo es Dios, el verdadero Jehová, al que le compete la propiedad de la eternidad, exclusiva de solo Dios.

Conclusión

– *Jesucristo es santo.* Sólo El ha podido lanzar este reto a la humanidad. *«¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?»* (Jn.8,46). Si es santo, no puede engañarnos.
– *Jesucristo es sabio,* luego no puede ser engañado.
– *Jesucristo es Dios,* luego todas sus enseñanzas y sus preceptos deben ser aceptados por todos los hombres, por ser manifiestamente divinos.

LOS EVANGELIOS

Aquí tienes una sencilla exposición de los hechos principales de la VIDA DE JESUCRISTO, siguiendo la concordia evangélica o reducción de los cuatro Evangelios a un texto único, que va reflejado en las diversas láminas con la explicación respectiva, y que van ordenadas desde las circunstancias que acompañaron a su nacimiento hasta su pasión, resurección y gloriosa ascensión al cielo.

La eternidad del Verbo

El «Verbo» es la «Palabra» de Dios Padre.

El Evangelio de San Juan empieza así:

«Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Jn.1,1). *«Y el Verbo se hizo carne* (o sea, hombre) *y habitó entre nosotros»* (Jn.1,14).

Esta es una profunda expresión, síntesis admirable de la obra de nuestra Redención.

Explicación:

«Al principio (como en el Gén.1,1: al principio de la creación cuando no existía nada, sino sólo Dios) *era* (existía) *el Verbo* (Palabra del Padre), *y EL VERBO ERA DIOS... Y el Verbo se hizo hombre».*

Aquí tenemos claramente que *el Verbo,* (que existe desde la eternidad y que se encarna) *es Dios y hombre a la vez.*

Antes de la encarnación se llamaba *el Verbo,* y después de la Encarnación se llamó *Jesús* porque vino a salvarnos.

Notemos que el Verbo es Dios, y como el Verbo hecho carne se llama Jesucristo, tenemos que JESUCRISTO ES DIOS.

Jesucristo existe desde la eternidad

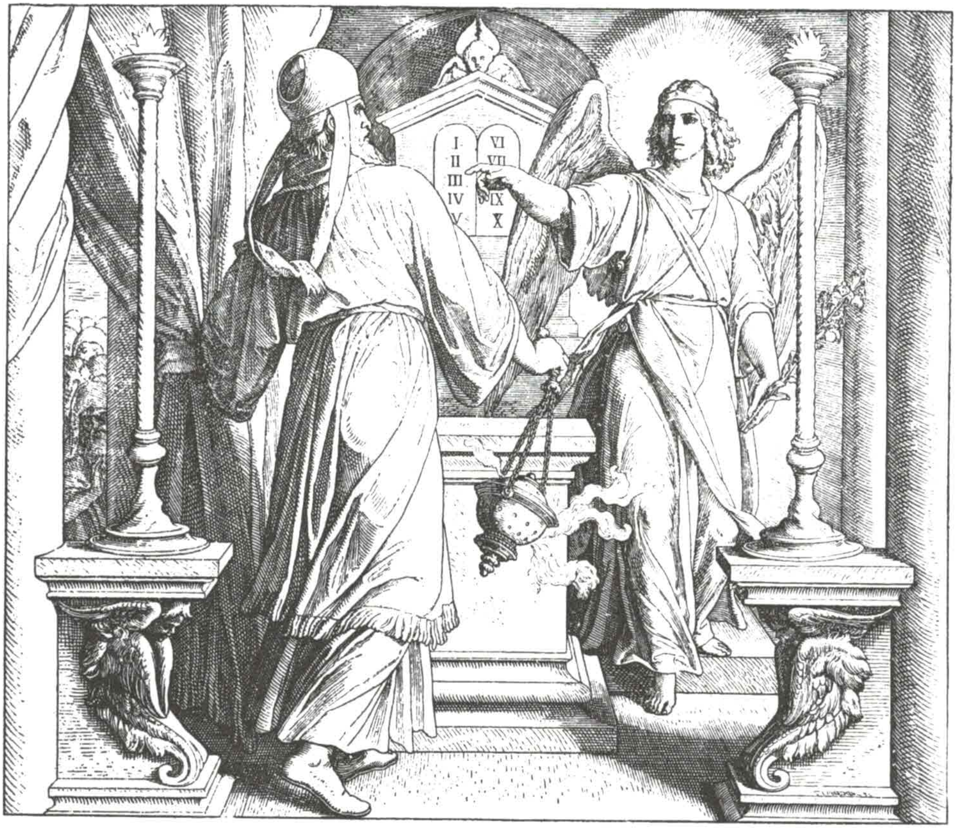
Antes que el mundo existiera, existía ya Jesucristo (Jn.17,5). *«El es antes que todas las cosas, pues todas fueron creadas por El»* (Col.1,15). En consecuencia:

Jesucristo tiene dos nacimientos:

– *Uno eterno,* pues «nace del Padre antes de todos los siglos», de manera-

semejante a como el pensamiento y las palabras nacen del espíritu del hombre, y

– *otro temporal,* porque *«cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo* (a su Verbo o Palabra eterna) *nacido de una mujer»* (Gál.4,4). El quiso venir a este mundo por medio de la Virgen María, y nació en Belén de Judá.



El ángel anuncia a Zacarías el nacimiento de Juan

Zacarías era un sacerdote de Judea. El y su mujer Isabel eran piadosos israelitas y muy observantes de la ley de Dios; pero no habían tenido hijos y estaban tristes porque ya eran de avanzada edad y ella estéril y no esperaban ya tenerlos.

Habiéndole tocado por suerte a Zacarías entrar en el lugar del templo de Jerusalén, llamado *Santo,* para ejercer su ministerio sacerdotal, mientras estaba de pie cerca del altar, un ángel se le apareció de pronto, llenándole de temor; pero el ángel le tranquilizó diciendo:

«No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido oida, y tu mujer, Isabel, concebirá un hijo, al que pondrás el nombre de Juan; será para ti causa de gozo y alegría, y muchos se regocijarán en su nacimiento, convertirá a su Dios a muchos hijos de Israel, y será el precursor del Señor... (Lc.1,11-25).

Zacarías, al principio, no quiso creer esta promesa magnífica. Entonces el ángel se le declaró ser el arcángel San Gabriel, y le dijo:

«Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva; y he aquí que tu quedarás mudo hasta el día en que estas cosas sucedan, porque no creiste en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo» (Lc.1,19 ss).

La Anunciación

Cuando llegó el tiempo señalado por los profetas, envió Dios el ángel Gabriel a Nazaret donde vivía una joven, llamada María, para anunciarle que la había escogido para Madre del Mesías. El ángel le dijo:

«Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Y he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre JESUS. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo...

María dijo al ángel: «¿Cómo podrá ser ésto, si yo no conozco varón?» Parece ser que la Virgen había hecho voto de virginidad; mas cuando le explicó concebiría por obra y gracia del Espiritu Santo y no por obra de varón, o sea, totalmente virginal, entonces exclamó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc.1,26-38).

En aquel mismo instante «EL VERBO SE ENCARNO», es decir, el Verbo, la Palabra del Padre, y que era Dios como El, se hizo hombre.

Jesucristo, Dios desde la eternidad, quiso hacerse hombre en el tiempo y venir a la tierra por medio de la Virgen María. Ella es Madre de Jesucristo, y como Jesucristo es Dios, por eso decimos que la Virgen es Madre de Dios. Y por ser Madre de Dios, por eso es INMACULADA...

María visita a su prima Isabel

En un pueblecito de las montañas de Judea, llamado Ain-Karim, según la tradición, vivía una prima de la Virgen, llamada Isabel. La Virgen María, movida por la caridad, fue desde Nazaret a visitarla, y en el momento de acercarse a Isabel, ésta la reconoció como Madre de Dios. Entonces exclamó:

«¡Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mi que LA MADRE DE MI SEÑOR venga a visitarme? Apenas oi la voz de tu salutación, el hijo que mora en mi seno dio saltos de contento. ¡Dichosa tu que has creido!» (Lc.1,42-45).

La Virgen María dijo entonces este cántico del «Magníficat»:

«Mi alma engrandece al Señor y salta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo...» (Lc.1,46-49).

Nacimiento del Bautista

Poco tiempo después la anciana Isabel dio a luz un hijo y sus parientes y vecinos vinieron a felicitarla.

A los ocho días, según la ley de Moisés, tenía lugar la ceremonia de la circuncisión y la imposición del nombre. Sucedió que los allegados propusieron que se llamase Zacarías, como su padre; pero Isabel se opuso, y dijo: No; se llamará Juan».

Consultado Zacarías, por no poder hablar, tomó una tablilla y en ella escribió: «Juan es su nombre».

La sorpresa de todos fue grande, cuando Zacarías, recobrando de pronto el uso de la palabra, por un nuevo milagro, entonó el cántico del *Benedictus.*

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado un poderoso Salvador, según lo tenía anunciado por sus profetas... Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos...» (Lc.1,68 ss).

La fama de estas maravillas se extendieron por toda la comarca... Más tarde, a los treinta años, inspirado por el Espíritu de Dios, comenzó a predicar la penitencia en lasregiones del Jordán...

El nacimiento de Cristo

Por aquel tiempo el emperador César Augusto dio un edicto mandando empadronara todos los ciudadanos romanos, y como Judea estaba entonces bajo su imperio, los judíos debían inscribirse, cada uno en su ciudad natal.

José, el santo esposo de María, por ser descendiente de David y oriundo de Belén, para empadronarse se dirigió con la Virgen desde Nazaret al mismo Belén (aquel fue un viaje largo y penoso, más de 100 kilómetros).

«Y mientras estaban allí, se cumplieron los días de su parto. Y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en la posada» (Lc.2,6-7).

El Hijo de Dios quiso nacer en un lugar pobre y miserable para darnos ejemplo de pobreza y para que amásemos a los pobres.

Allí la Virgen, sin mengua de su integridad virginal, vio salido de sus entrañas a su divino Hijo, a la manera que los rayos del sol pasan a través de un cristal sin romperlo ni mancharlo. La Iglesia en el Concilio de Letrán del año 649, siendo Papa San Martín I, se definió que la Virgen María permaneció virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Un ángel anuncia a los pastores el nacimiento de Cristo

El niño, que nace en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, era Dios y quiso ser adorado por los ángeles y por pastores que velaban de noche sobre sus rebaños.

«El ángel les dijo: No temáis, ostraigo una buena nueva, una gran alegría que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David.

Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo:

«Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc.2,8-14).

Los pastores propagan el nacimiento del Mesías

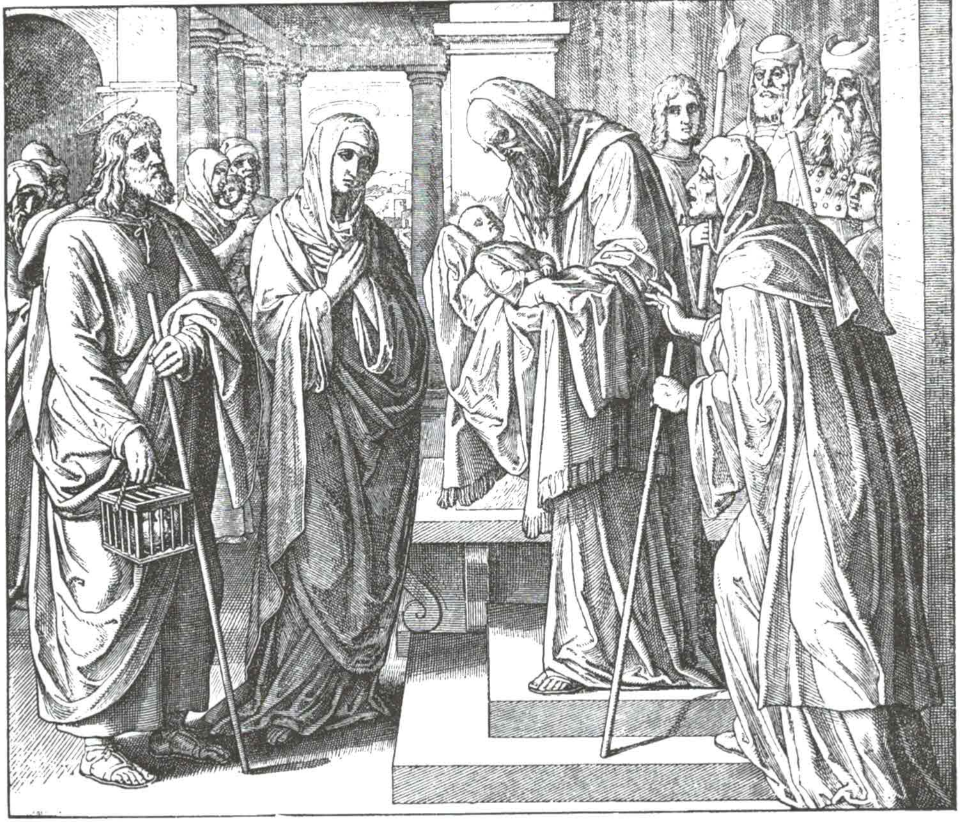
«Luego que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado».

Fueron con prestanza y encontraron a María, a José y al Niño acostado en el pesebre, y viéndole, contaron lo que se les había dicho acerca del Niño. Y cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores.

María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oido y visto, según se les había dicho» (Lc.2,15-20).

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido (Lc.2,21).



Presentación de Jesús en el templo

A los cuarenta días de su nacimiento, según ordenaba la ley (Lev.12,1 ss) sobre la purificación de la madre, María y José llevaron al templo de Jerusalén al Niño Jesús, para presentarlo allí al Señor, conforme también a lo ordenado por la Ley, que «todo varón primogénito sea consagrado al Señor» (Ex.13,2 ss).

Vivía a la sazón en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba con ansia la venida del Salvador, y el Espíritu Santo le había revelado, que no moriría hasta haber visto al Mesías.

Movido, pues, por inspiración del cielo, fue ese mismo día al tempo, y al presentarse allí María y José con el Niño, se acercó a ellos, y Simeón le tomó en sus manos y dijo:

«Ahora, Señor, puedes ya dejar salir en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa; porque mis ojos han visto ya al Salvador... (Lc.2,29).

Y a María también dijo: «Este Niño ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel... Y aun tu misma alma será traspasada por una espada de dolor»... Allí había también una ancianita, llamada Ana, que alabó al Señor y hablaba de El a cuantos esperaban la redención de Jerusalén (Lc.2,33-38).

Adoración de los reyes

Por aquellos días «cuando hubo nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempo del rey Herodes, unos magos de Oriente llegaron a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle (Mt.2,1-2).

Los magos, oriundos al parecer de Persia, y que la tradición los venera como reyes o sabios, se les conoce con los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. Cuando estos preguntaron por el recien nacido «rey de los judíos», Herodes se turbó ante la idea de que algún rival se levantase contra él, y preguntó a los escribas y doctores de la Ley, dónde había de nacer el Mesías. Y ellos contestaron: «En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta: «Y tu, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti nacerá el caudillo que gobernará mi pueblo».

Entonces Herodes llamó en secreto a los magos para informarse bien de la aparición de la estrella que los guiaba, y les recomendó que una vez adorado el niño, volvieran a decírselo, para ir también a adorarlo.

«Ellos, llegando a su casa, vieron al Niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y, abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra» (Mt.2,11).

El ángel ordena a José huir a Egipto

Cuando los magos se disponían para volver a su patria por Jerusalén, pues ellos no sospechaban nada de los intentos criminales de Herodes, fueron avisados por un ángel que volvieran inmediatamente a su país por otro camino.

Luego que se marcharon los magos, un ángel se apareció también en sueños a José y le dijo:

«Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, permaneciendo allí hasta que yo te avise, pues Herodes busca al Niño para matarlo» (Mt.2,13).

Jesús significa *Salvador.* El vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim.1,15). Un día le preguntó un joven a Jesús: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?». Jesús le contestó:

«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt.19,16-17).

La huida a Egipto

«Levantándose José de noche, tomó al niño y a la madre y se retiró a Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: «De Egipto llamé a mi hijo» (Mt.2,14-15).

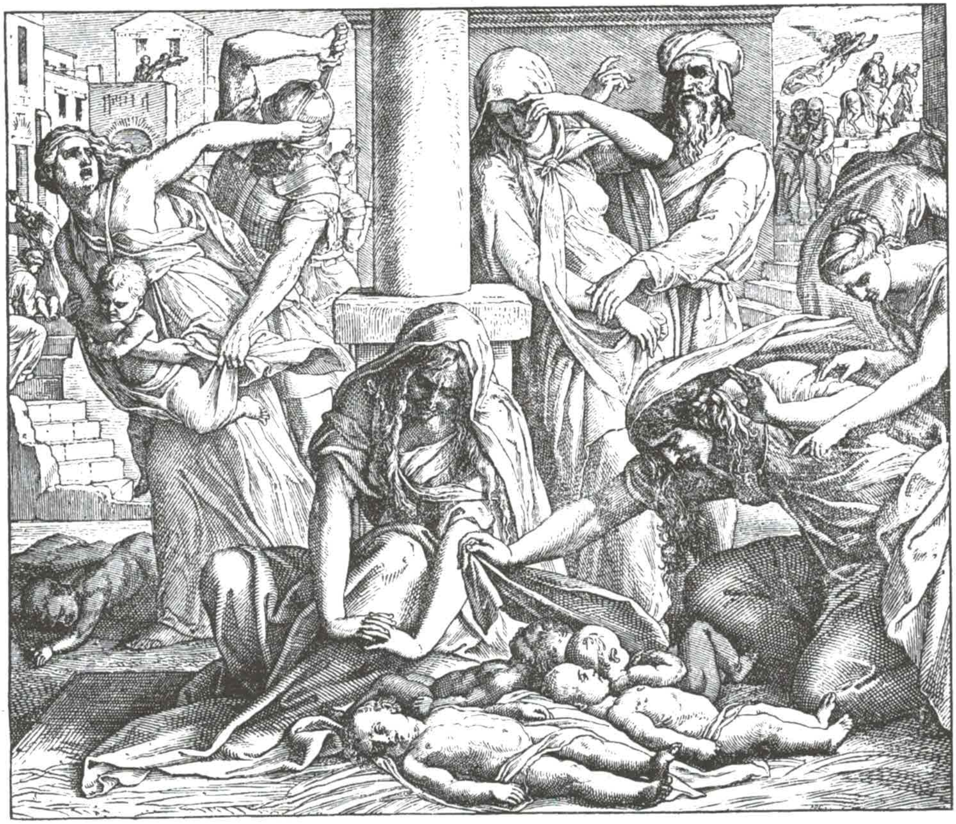
Esta era una profecía der Oseas en la que se refiere al pueblo de Israel cuando estaba en Egipto, y aquí simboliza al Mesías.

San José cumplió su misión, y después de un penoso viaje, se estableció en Egipto, al parecer en el Cairo, donde estuvo poco más de un año.

A la pregunta que hizo un doctor de la ley a Jesús sobre cual era el mandamiento más grande de la ley, El le contestó:

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento.

El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a tí mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas» (Mt.22,36 ss).



La degollación de los inocentes

Entonces Herodes, viendo que los magos no volvían, supuso que habrían tramado una conspiración para destronarle y poner como rey al niño de Belén, e irritado sobremanera mandó matar a todos los niños que había en Belén y en sus términos de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había averiguado de los magos (Mt.2,16-17).

La Escritura no dice el número de los niños inmolados; pero teniendo en cuenta los habitantes de Belén en aquella época y los pequeños poblados de su comarca, serían aproximadamente unos veinticinco niños.

Poco tiempo después murió Herodes y el ángel del Señor se apareció a José en Egipto y le dijo:

«Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño» (Mt.2,20).

Y se fueron a habitar a una ciudad llamada Nazaret (entonces una aldea de unos 500 habitantes, y hoy debido a la inmigración judía es una gran ciudad de más de 35.000 habitantes).

Jesús disputa en el templo con los doctores

Los padres de Jesús, conforme a la ley de los judíos, iban todos los años a Jerusalén para la celebración del día solemne de la Pascua, y cuando Jesús tenía doce años, el Evangelio nos narra este incidente.

Jesús, que los había acompañado, se quedó en Jerusalén sin que lo advirtieran María y José, pues estos emprendieron su viaje de vuelta a Nazaret en compañía de otros muchos; y bien por creer que Jesús iba con otros niños de su edad o que San José creyese que Jesús iba con la caravana de las mujeres, o que la Virgen creyese que fuese con los hombres, no le echaron de menos hasta la primera parada que hizo la caravana.

Habían andado camino de un día, y al no hallarle entre los parientes y conocidos, volvieron a Jerusalén y hallaron a Jesús en el templo entre los doctores, y «todos los que le oían quedaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas» (Lc.2,47).

En su encuentro con Jesús, la Virgen con ternura maternal le dijo: «Tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote»; mas El les dijo:

«¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc.2,49). En estas palabras Jesús nos revela su misión divina. Después regresaron a Nazaret donde estuvo Jesús hasta los 30 años.

Juan predicando en el desierto

Jesús, el Hijo de Dios, después de haber pasado 30 años en el retiro de Nazaret, comienza su vida pública como Salvador del mundo.

Por aquellos días, el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio PIlato (Lc.3,1), apareció Juan el Bautista, como precursor suyo, predicando en el desierto de Judea. Vivía consagrado al servicio de Dios, llevaba una vida pobre y mortificada, pues vestía un traje de piel de camello y se alimentaba con langostas y miel silvestre.

Su predicación era ésta: «Preparad el camino del Señor, arrepentíos, cambiad de vida, porque el reino de Dios está cerca...

«Hacer frutos dignos de penitencia, porque ya está puesta el hacha a la raiz del árbol, y todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego...».

Entre sus oyentes estaban los fariseos, a los que llamó «hipócritas» porque aparentaban bondad y transigencia y eran víboras dispuestos a lanzar el veneno de la perfidia... Era necesaria la penitencia o cambio de vida para la remisión de los pecados...

El bautismo de Jesús

Cuando Juan el Bautista estaba bautizando a otros, se presentó también Jesús entre aquella fila de pecadores para ser bautizado por él.

Jesús era la misma inocencia y la santidad infinita y no necesitaba el bautismo para purificarse, pero quiso hacerlo: para dar autoridad al bautismo de Juan, para santificar las aguas con su contacto «y sepultar en ellas al viejo Adán» (S.Gregorio Naz.), para darnos a nosotros ejemplo de lo que debíamos hacer para purificarnos y pertenecer a su Iglesia, y especialmente para que todos le reconocieran como Mesías al bajar el Espíritu Santo sobre El.

Al ser bautizado Jesús por el Bautista, se abrieron los cielos, descendió el Espíritu Santo sobre El en forma de paloma y se oyó esta voz del cielo que atestiguó su divinidad: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias» (Mt.3,17).

Aquí aparece claro el misterio de la Trinidad: «El *Padre* en la voz, el *Hijo* que es bautizado, y el *Espíritu Santo* en forma de paloma».

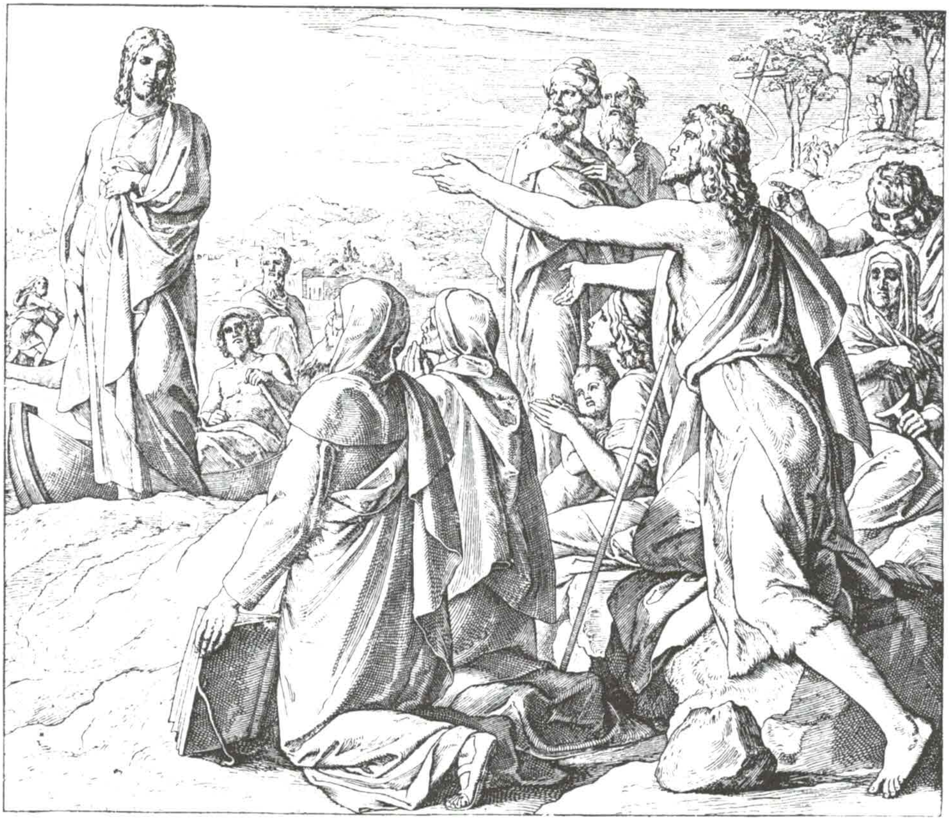
Las tentaciones de Jesús

Jesús después del bautismo, se retiró al llamado «Monte de la Cuarentena», al oeste de Jericó, llamado así por haber pasado allí ayunando cuarenta días.

El Hijo de Dios al hacerse hombre, quiso asemejarse en todo a nosotros menos en el pecado (Heb.2,18; 4,15), y quiso pasar por la humillación de ser tentado para compadecerse de nuestras debilidades y servirnos de ejemplo.

La primera tentación fue de gula, y así Satanás ruega a Jesús que convierta las piedras en pan. La segunda de vanagloria o poder, pues fue invitado a tirarse desde el pináculo del templo, seguro de que no se haría daño, porque los ángeles le llevarían en palmas, y la tercera fue de ambición (dinero y gloria) que Satanás promete a sus adoradores; pero Jesús rechazó las tres tentaciones diciéndole: «Retírate de mí Satanás, porque escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás».

Nosotros para evitar las tentaciones, o sea, para no caer en ellas, debemos prepararnos con la oración, la huida de las ocasiones y la mortificación.



Juan confiesa la divinidad de Jesús

El día siguiente vió Juan a Jesús venir a él y dijo: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón que fue engendrado antes de mí: porque primero era que yo» (Juan, cap. 1, vers. 29 y 30). Conviene hacer notar, para evitar la aparente confusión de los Evangelios, que hay pasajes que figuran en un Evangelio y en los otros no, atendiendo preferentemente cada Evangelista a su finalidad en la escritura del Libro. Así, Juan el Evangelista hace hincapié en esta entrevista del Bautista y de Jesús, para hacer resaltar la divinidad del mismo, tesis que es la predominante en su Evangelio. Y así como el cordero ofrecido en holocausto en la Ley, se ofrecía mañana y tarde para borrar los pecados del pueblo, por eso llama a Jesús *Cordero de Dios,* porque en lo sucesivo habían de ser perdonados los pecados, y principalmente el original, base de todos los anteriores. Fue engendrado, añade el Bautista, antes de mí, no en prioridad de concepción humana, pues Jesús era más joven que Juan, sino en razón a su persona divina, que existe desde la eternidad. Arrio y sus corifeos impugnan este pasaje, y, con él la divinidad de Cristo, del que sólo admiten su figura humana e histórica. (Véase mi libro *«¿Quién es Jesucristo?»)*

Jesús reúne algunos discípulos

Jesús fue eligiendo después discípulos para fundar su Iglesia, y entre los primeros que eligió fueron *Simón y Andrés,* que eran hermanos; más tarde llamó a otros dos: *Santiago,* el del Zebedeo y *Juan,* su hermano.

Todos estos eran pescadores. «Caminando Jesús a lo largo del mar de Galilea, los vio echando las redes en el mar», y les dijo:

Venid en pos de mi y os haré pescadores de hombres. Al instante dejando las redes le siguieron (Mc.1,16-18).

Cuando llamó a Simón, fijando la vista en él, le dijo: «Tu eres Simón, el hijo de Juan; tu serás llamado *Cefas* (piedra), que quiere decir *Pedro».* (Este era un juego de palabras para predecir que Simón sería más tarde el fundamento inconmovible de la Iglesia de Cristo, su Jefe supremo.

Más tarde llamó a *Felipe y a Natanael,* que eran como Pedro y Andrés oriundos de Betsaida.

Natanael es el mismo «Bartolomé», pues se llamaba *Natanael Bartolmai* (hijo de Tolme), de ahí que se llamase también Bartolomé...

Las bodas de Caná

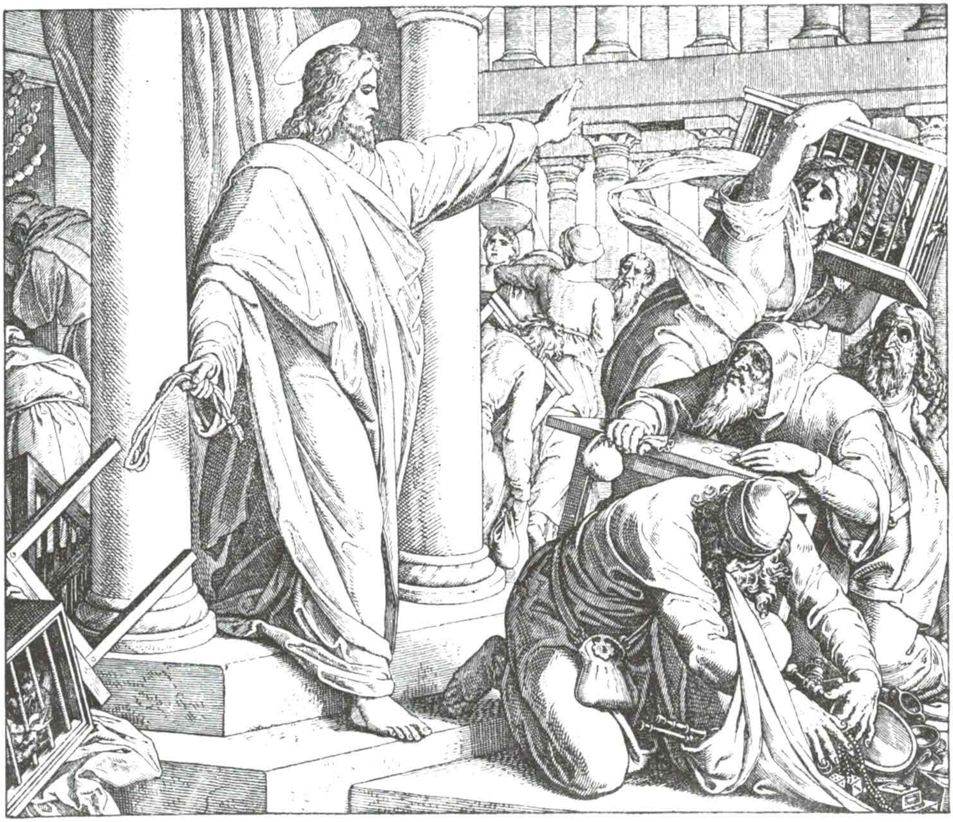
Tres días después se celebró una boda en Caná, pequeña ciudad de Galilea. Allí estaba la Madre de Jesús. Jesús aceptó también la invitación, pues El con su presencia no pretendía otra que santificar el matrimonio. Sus discípulos que acababa poco antes de elegir le acompañaron.

En la comida, llegando a faltar el vino, la Virgen se dio cuenta y queriendo evitar un bochorno a sus amigos, se lo advirtió a su Hijo: NO TIENEN VINO.

Jesús comprendió que le pedía lo remediara (con un milagro si fuera preciso), y aunque le contestó que su hora no había llegado todavía, la Virgen por la manera de hablarle Jesús, se dio cuenta que esa hora llegaría pronto, y por eso dijo a los presentes: «HACED LO QUE OS DIJERE» (Jn.2,3-5).

Jesús, atendiendo a la indicación de su Madre, dijo a los servidores que llenasen de agua seis tinajas de piedra, que allí había para la purificación de los judíos, y después dijo: «Sacad ahora y llevadlo al mayordomo», y se admiró al ver convertida el agua en buen vino.

Este fue el primer milagro de Jesús en Caná, y manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en El.



Jesús arroja a los mercaderes del templo

Jesús recorrió toda la Galilea, diciendo: «Arrepentíos porque se acerca el reino de Dios» y predicaba el reino de Dios curando a todos los que padecían enfermedades o dolores (Mt.4,17.23-24).

Desde Cafarnaúm subió a Jerusalén, la ciudad santa, y al entrar en el templo, la llamada «Casa de su Padre celestial», como viese que la estaban profanando, pues en los atrios y galerías del templo, establecieron una feria de terneros y ovejas, que vendían a los peregrinos para ofrecerlos en sacrificio, y también tenían jaulas de palomas, y cerca de ellos se veían cambistas (que cambiaban monedas griegas y romanas por las judías)..., movido de celo por la casa del Señor, pues aquel no era lugar apto para estas cosas, hizo Jesús un látigo de cuerdas y con imponente majestad comenzó a arrojar a los ganados con sus mercaderes y vendedores de palomas, y les dijo: *«Quitad todo esto de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de tráfico»* (Jn.2,16).

Jesús nos enseña la dignidad del templo y el respeto que debemos tener en él, pues es Casa de oración, y ahora en nuestros templos cristianos está El sacramentado.

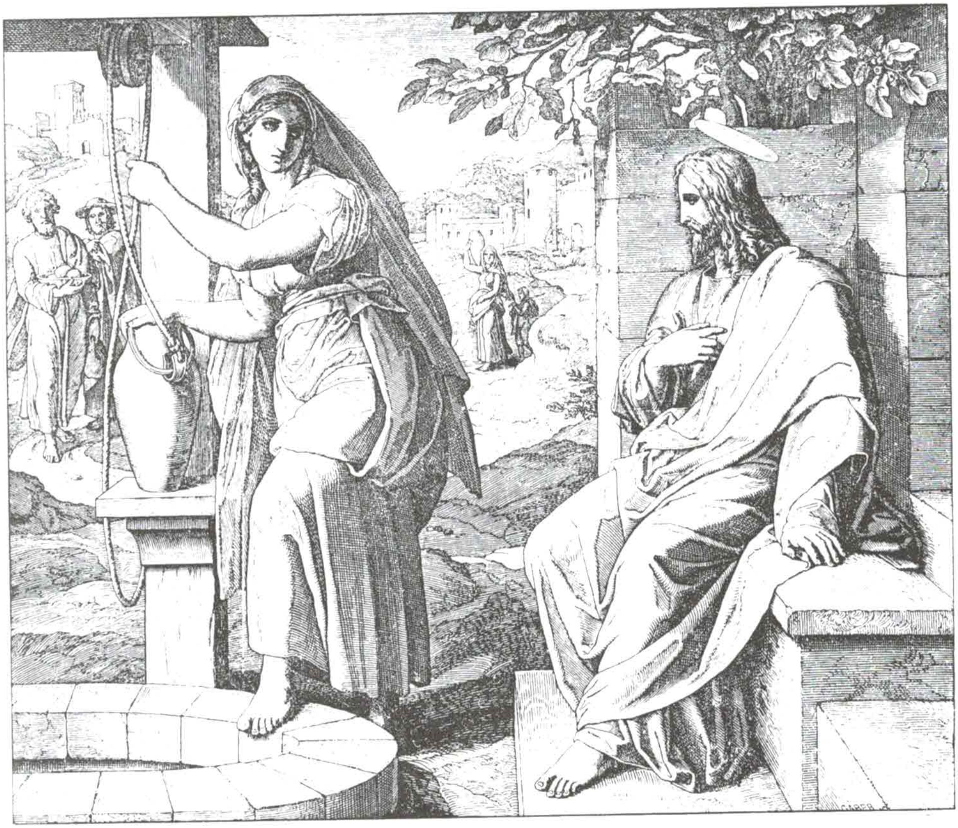
Jesús instruye a Nicodemo

Durante su estancia en Jerusalén, Jesús obró varios milagros, y muchos de los que los presenciaron creyeron en El y le reconocieron como Mesías (Jn.2,23). Había en Jerusalén un doctor de la Ley, llamado Nicodemo, miembro del Sanedrín, el cual impresionado por tales milagros, reconoció a Jesús como Maestro y quiso estar a solas con El, y le preguntó: ¿Qué es necesario para entrar en el reino de Dios?

Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos» (Jn.3,5).

Jesús alude al bautismo, por el que uno puede purificarse y renacer a la vida de la gracia, y después le hace alusión a su muerte de cruz, al decirle, que «a la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así era preciso que fuese levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en El tenga vida eterna» (Jn.3,14-15).

Después terminó hablándole de la redención y del amor de Dios al mundo. «Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna...» (Jn.3,16-17).



Jesús y la samaritana

Jesús recorrió la Judea enseñando y bautizando, y al regresar a Galilea, tuvo que pasar por la ciudad de Siquén, a cuya entrada estaba el pozo que abrió Jacob en su estancia en aquella tierra.

El Señor, fatigado del camino, se sentó junto a este pozo, al que se llegó una mujer de Samaria para sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber».

La mujer se extrañó de esta petición, porque los samaritanos eran odiados de los judíos y no se podían ver; mas Jesús le dijo:

«Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice: Dame de beber, tu le pedirías a El, y El te daría a ti agua viva» (Jn.4,10), y añadió: «Quien bebe de este agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna...

La samaritana sin comprender la naturaleza de este agua, exclamó: «Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed y tenga que venir aquí a sacarla». El agua que ofrece Jesús es la vida de la gracia que apaga la sed de los placeres terrenos.

Jesús le reveló luego sus pecados secretos, y dijo: Veo que eres profeta, y se le declaró como Mesías. Ella avisó a los vecinos de Siquen y admirados de su doctrina, dijeron: «Este verdaderamente es el Salvador del mundo».

Curación de un paralítico

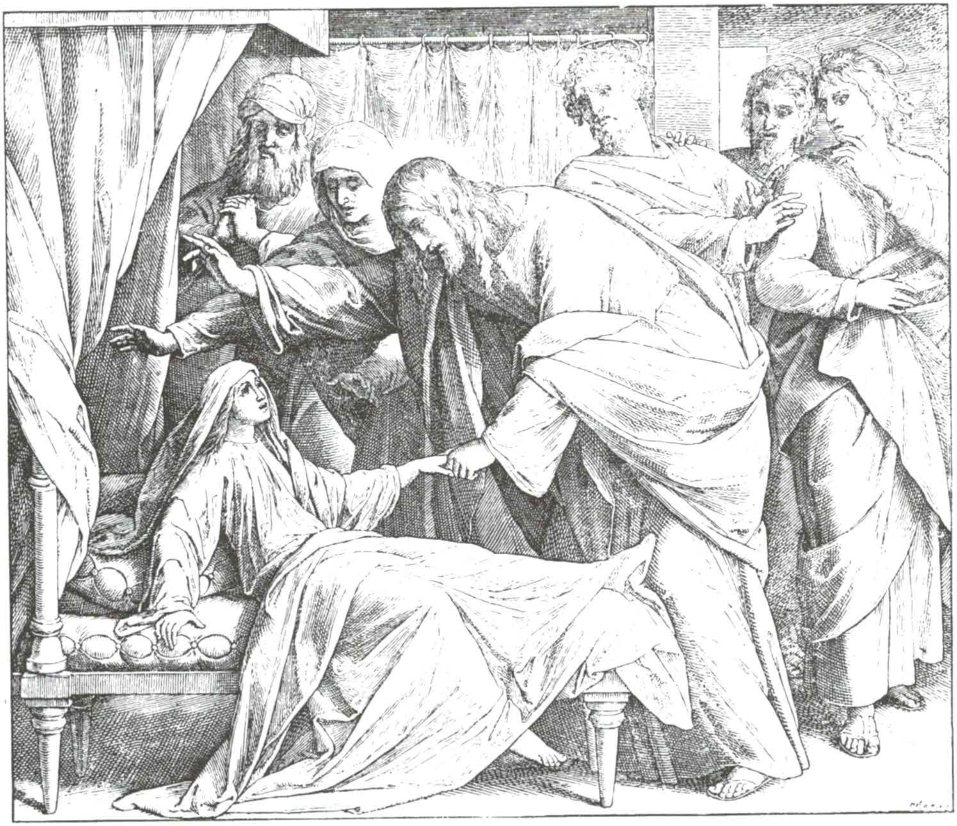
Vuelto Jesús a Cafarnaum, entró en una casa en la que le rodeaban fariseos y doctores de la ley, que expiaban su conducta y enseñanza, y hasta una multitud invadió la casa y la entrada, y ocurrió que había un paralítico que mostró deseos de acercarse a Jesús, y como no pudiera, los que le llevaban en una camilla fueron por detrás de la casa y la desmontaron para acercar el paralítico a Jesús.

Jesús, al conocer la fe del paralítico, le dijo: «Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados». Los fariseos murmuraron diciendo: «¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?». «Este blasfema».

Jesús al conocer lo que discurrían en su interior, les dijo:

¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados o levántate y anda?... Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados sobre la tierra: Yo te lo mando (dijo el paralítico): levántate, toma tu camilla, anda y vete a tu casa» (Mc.2,1 aa).

Las gentes glorificaban a Dios diciendo: «Jamás hemos visto cosa semejante».



Resurrección de la hija de Jairo

Jairo era un jefe de la sinagoga, tenía una hija única, de doce años, que se estaba muriendo, y suplicó a Jesús diciéndole: *«Señor, mi hija se muere, ven a poner sobre ella tus manos y vivirá»* (Mt.9,18).

Mientras iban y las multitudes le seguían, «llegó uno de la casa del jefe de la sinagoga diciendo: Tu hija ha muerto, no molestes ya al Maestro. Pero Jesús que lo oyó le respondió: «No temas; cree solamente y tu hija sanará». Cuando llegaron a la casa de Jairo, sonaba la música fúnebre; mas Jesús les dijo: «Retiraos que la niña no está muerta, duerme».

Jesús entró en la habitación de la niña difunta, y tomando su mano le dijo: Niña, levántate! y ella se levantó y empezó a andar. Y al ver la gente que había vuelto a la vida «quedaron fuera de si» (Lc.8,49 ss; Mc.5,23 ss).

Otro milagro, *la curación de la hemorroisa,* mujer que padecía flujo de sangre y llevaba enferma doce años y había gastado su hacienda en médicos, y se decía si yo lograse tocar solamente sus vestidos quedaría sana», y metiéndose por entre la multitud, le tocó a Jesús, y en el acto sintió que estaba curada. Jesús dijo: «Alquien me ha tocado», y le dijeron: si todos te estan apretujando, ¿cómo dices que alguien te ha tocado? *Alguien,* era ella que lo había hecho con fe.

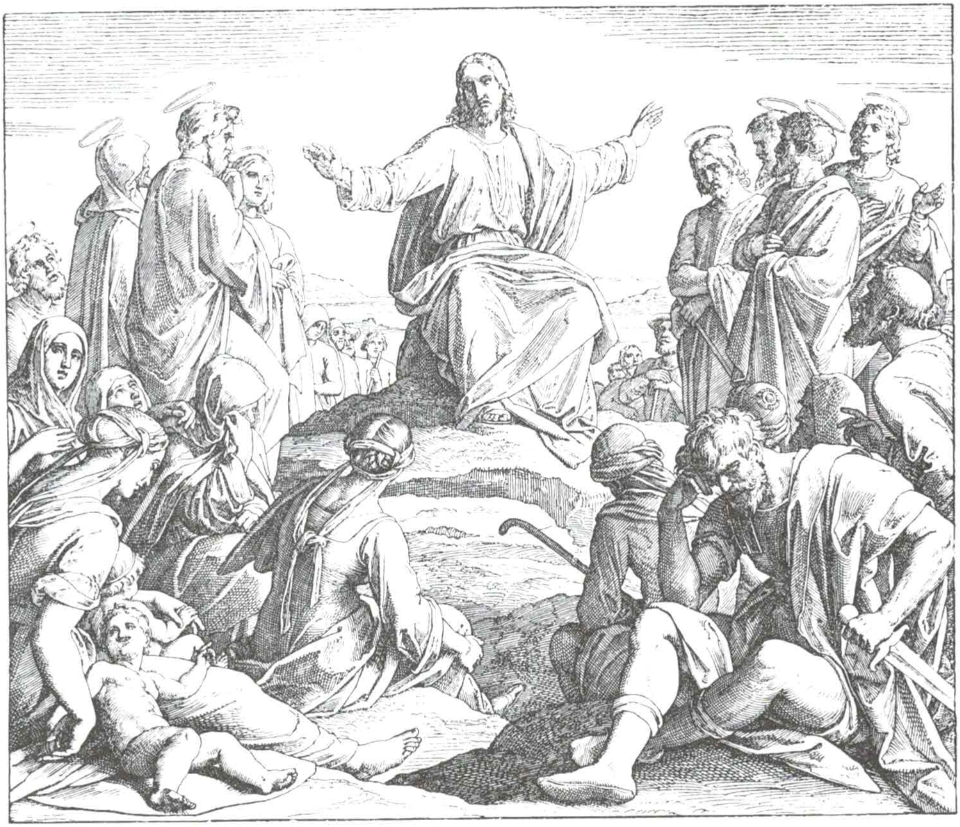
Curación de dos ciegos

Al salir de Jericó le seguía una muchedumbre numerosa. Dos ciegos que estaban sentados junto al camino oyeron que pasaba Jesús y comenzaron a gritar diciendo: «Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David!»

La multitud les reprendía para hacerles callar, pero ellos gritaban con más fuerza, diciendo: «¡Señor, ten piedad de nosotros, hijo de David!»

Se paró Jesús, y llamándolos les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Dijéronle: Señor, que se abran nuestros ojos. Compadecido Jesús, tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista, y seguían en pos de El» (Mt.20,29-34).

San Marcos y San Lucas hablan de un ciego sólo, llamado Bartimeo, sin duda por ser más conocido, y llama la atención que aveces Jesús decía, como en otra curación de otros dos ciegos: «Mirad, que nadie lo sepa» (Mt.9,30) y al leproso que curo imponiéndole la mano: «Mira, no lo digas a nadie» (Mt.1,4). Jesús no quería que empezaran a publicar el milagro enseguida. Tenía que saberse, pero lo hacía porque al divulgarse acudían las multitudes y «no podía entrar públicamente en una ciudad» (Mc.1,45), y porque había manifestaciones que comprometían su ministerio (Jn.6,15)...



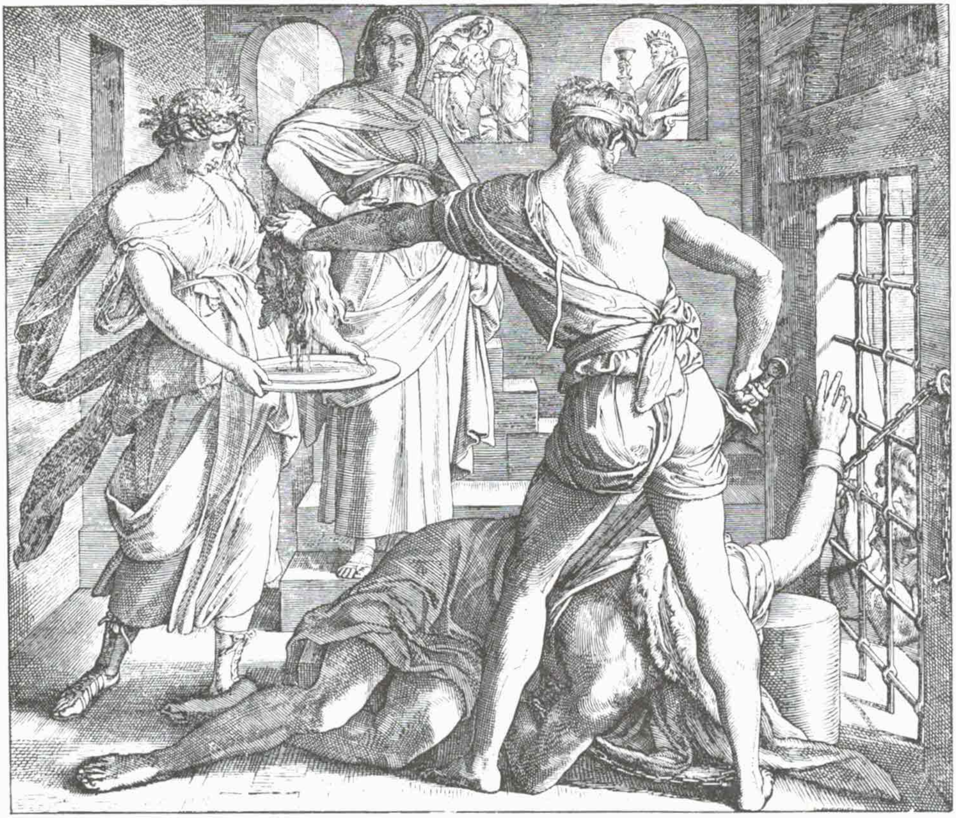
El sermón de la montaña

Las llamadas «Bienaventuranzas» encierran el «Código de la perfección cristiana». Jesús, «viendo a la muchecumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado, se le acercaron los discípulos, y abriendo El su boca, les enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos...». Los pobres en el espíritu son los humildes, los que reconocen que cuanto tienen lo han recibido de Dios, y todo lo bueno a El se lo atribuyen. Estos son los verdaderos pobres y cuantos viven con el corazón desprendido de las riquezas...

Bienaventurados los mansos, los pacientes y sufridos... los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, de rectitud y santidad...; los misericordiosos, los limpios de corazón, los que no admiten el menor pecado, los pacíficos, los constructores de la paz...

Jesús llama «felices» a los que el mundo llama «desdichados»; mas el mundo reconoce dentro de sí que tiene razón Jesús, pues las desdichas, que azotan ahora el mundo, tienen por causa el no practicar las bienaventuranzas.



Degollación del bautista

Herodes Antipas había tomado por mujer suya a Herodías, esposa de su hermano mayor Filipo. Juan Bautista se presentó ante él para reprenderlo, y así le dijo: *«No te es lícito tener por mujer a la esposa de tu hermano»* (Mc.6,18). Al oir esto Herodes mandó prender y encarcelar al Bautista.

Herodías detestaba a este valiente profeta porque le había echado en cara a Herodes su pecado, y sucedió que un día al dar un banquete a los nobles de su reino, durante el festín, Salomé la hija de Herodías, bailó delante del rey y le agradó tanto que se atrevió a decirle bajo juramento que le daría lo que pidiera, aunque fuera la mitad de su reino, y movida por su mala madre, le pidió la cabeza de Juan Bautista.

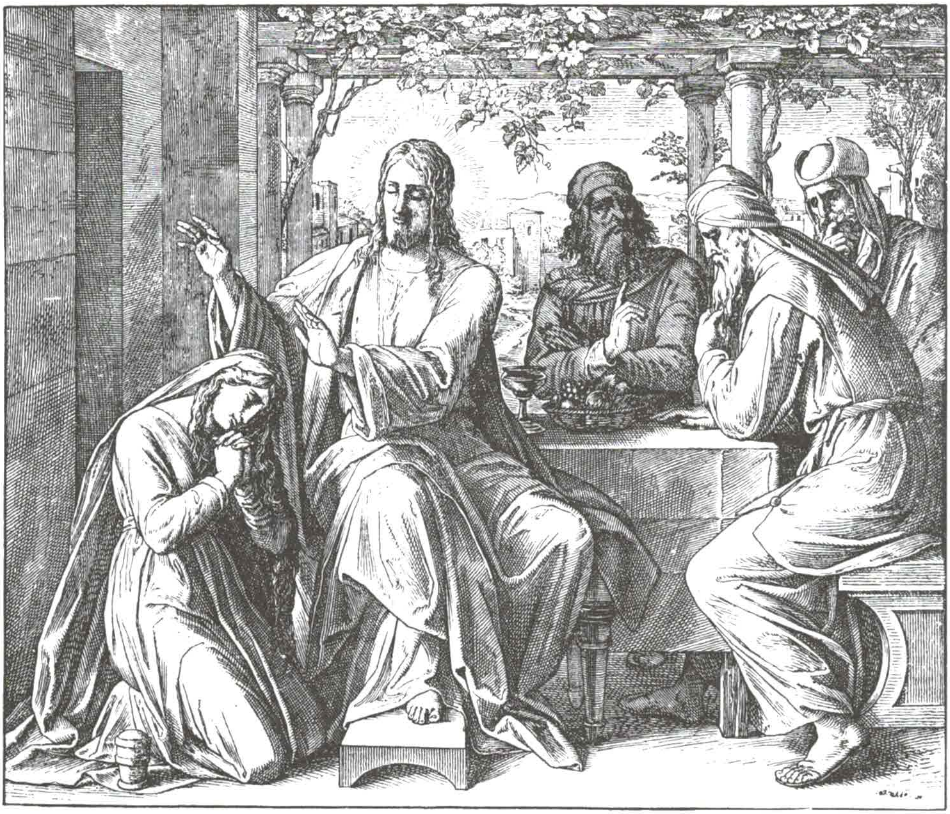
Herodes se entristeció; pero por el juramento tan insensato y la presencia de los convidados, ordenó degollar a Juan Bautista en la cárcel cuya cabeza le fue traida en una bandeja, y dada a la joven se la llevó a su madre. Vinieron sus discípulos, tomaron el cadáver y lo sepultaron, yendo luego a anunciárselo a Jesús (Mt.14,1-12).

Resurrección en Naim del hijo de la viuda

Desde Cafarnaum fue Jesús un día a Naim (hoy es un pueblecito que está junto al pequeño Hermón). Sus discípulos fueron con El y una turba numerosa, que no se cansaba de verle y escucharle, y al llegar a las puertas de Naim se encontró con un cortejo fúnebre.

Sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre viuda. Iba también la madre y al verla llorosa se compadeció, y le dijo: «No llores». Y acercándose, tocó el féretro, y dijo: «Joven, yo te lo mando: Levántate». El muerto se levantó lleno de vida y comenzó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre» (Lc.7,11-17).

La emoción causada por este milagro fue inmensa, y todos glorificaban a Dios diciendo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo» (Lc.7,16).



Jesús en casa de un fariseo

Un fariseo, llamado Simón, rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Este deseaba observarle de cerca. Jesús aceptó la invitación. Sabiendo una mujer pecadora pública de aquella ciudad que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, entró en el comedor trayendo un vaso de alabastro con perfume muy oloroso, y dirigiéndose directamente a Jesús, se arrojó a sus pies bañándoselos con sus lágrimas, que brotaban de un sincero dolor de sus pecados, los enjugaba con sus cabellos, y besándolos respetuosamente, vertió sobre ellos aquel perfume.

El fariseo se decía: *«Si este fuera profeta conocería quién y cuál es esta mujer, que le toca, porque es una pecadora»* (Lc.7,39).

Jesús, que leía en el fondo del alma los pensamientos del fariseo, le hizo ver el contraste de su conducta con la observada por la mujer pecadora. Después le declaró a la mujer que por sus muestras de amor le eran perdonados sus pecados: *«Tus pecados te son perdonados»* (Lc.7,48).

Los convidados comenzaron a decir: ¿Quién es éste que perdona los pecados?». Y dijo a la mujer: *«Tu fe te ha salvado, vete en paz».*

Jesús calma la tempestad

Después de exponer Jesús las parábolas del sembrador, de la cizaña y otras, subió con sus apóstoles a una barca, y les dijo: Pasemos a la otra ribera del lago, y se dieron a la mar. Mientras navegaban, Jesús se durmió sobre un cabezal.

Vino de repente una tempestad, y el agua que entraba en la barca los ponía en peligro. Llegándose a El le despertaron diciendo: «Maestro, sálvanos que perecemos».

Jesús les dijo: *«¿Por qué teméis hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó a los vientos y dijo al mar: Calla, enmudece. Y se aquietó el viento y sobrevino una gran calma»* (Mt.8,25-26; Mc.4,37-40).

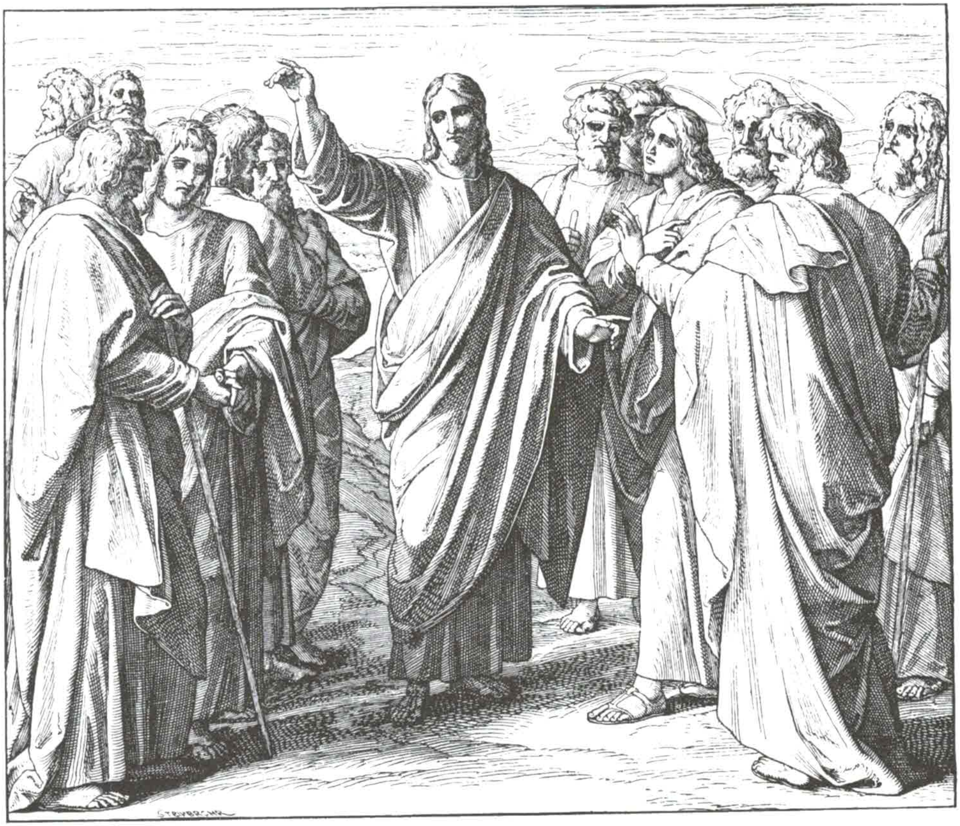
Los hombres se maravillaban y decían: *«¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»*. Y aquí queda planteado el problema de la fe: «¿Quién es este», quién es Jesús de Nazaret para que creamos en El? Fe es creer en Jesús, esto es, aceptar su persona y su doctrina...

Jesús cura a unos endemoniados

En los Evangelios se nos habla de varios casos de posesos por el demonio. San Mateo nos habla de dos endemoniados, y San Marcos y San Lucas hablan de uno solo, el más furioso, quien después de su curación fue un apologista ferviente de Jesús (Lc.8,39).

Al llegar Jesús a la región de los habitantes de Gerasa, vinieron a su encuentro dos endemoniados, tan furiosos que nadie podía pasar por aquel camino, y le gritaron: «¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos?». Había lejos de ellos una piara de cerdos, y los demonios le rogaban, si has de echarnos échanos a la piara de puercos. Les dijo: Id. Ellos salieron y se fueron a los puercos, y toda la piara se lanzó por un precipicio al mar, muriendo en las aguas» (Mt.8,28 ss).

Los porqueros huyeron y se lo dijeron a los de la ciudad, y los gerasenos dijeron a Jesús que «se retirase de su país», o sea, de sus casas y corazones, porque aman más las tinieblas que la luz (Jn.3,19).



Vocación definitiva de los Apóstoles

Los evangelistas nos citan los nombres de los doce apóstoles, elegidos por Jesús, figurando Pedro, el primero de todos en sus listas, testimonio de verdadera preeminencia. Estos fueron:

Simón, a quien llamó Pedro, y Andrés su hermano; Santiago, hijo del Zebedeo y su hermano Juan; Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Simón cananeo, Judas hermano de Santiago (Tadeo) y Judas Iscariote que fue el traidor (Lc.6,12).

A Pedro lo puso como jefe y fundamento de su Iglesia, pues le dijo: *«Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»...* (Mt.16,18-19).

San Pedro fue el primer Papa, Jefe supremo de la Iglesia, y sus sucesores son los Romanos Pontífices. Desde Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas. Jesús dio a todos sus apóstoles el mandato de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a todas las gentes. El que lo creyere y se bautizare, se salvará (Mc.16,15-16).

El milagro de los panes y de ıos peces

Tales eran los atractivos de la persona de Jesús que las gentes le seguían por todas partes. Un día fue a un lugar apartado y desierto y al verse asediado de una multitud, después de curar los enfermos que le presentaron, a la caida de la tarde, los discípulos dijeron a Jesús:

«Desierto es este lugar y es ya tarde; despide, pues, a la muchedumbre para que vayan a las aldeas y compren alimentos».

Jesús les dijo: No tienen necesidad de ir; dadles vosotros de comer...

Andrés dijo: «Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tantos?»

Jesús mandó que los colocasen por grupos de ciento y de cincuenta sobre la hierba verde.

Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, los bendijo, los partió y se los dio a sus discípulos y éstos a la muchedumbre. Comieron todos y se saciaron, y de los fragmentos sobrantes recogieron doce cestos llenos. Los que comieron fueron cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños» (Mt.14,19-21).

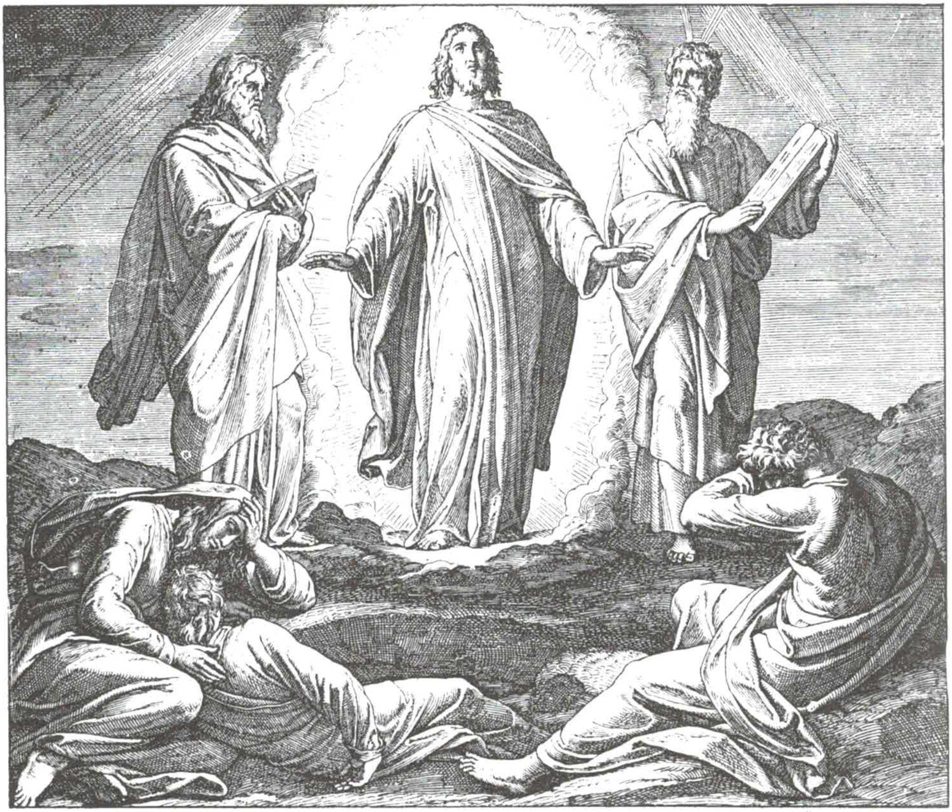
Las gentes se decían: «Verdaderamente este es el profeta (el Mesías) que ha de venir al mundo» (Jn.6,14).

Jesús sostiene a Pedro sobre las aguas

Llegada la noche, fue Jesús a juntarse con sus discípulos y lo hizo caminando sobre las aguas del lago. Ellos creyeron en un principio que era un fastasma; pero El los tranquilizó, y les dijo:

«Tened confianza; soy Yo; no temáis». Pedro le dijo: Señor, si eres tu, mándame que vaya a tu encuentro sobre las aguas». »Ven», respondió Jesús. El apóstol saltó de la barca y empezó a andar sobre las aguas, pero ante la furia de un viento fuerte, que agitaba las olas, temióy empezó a hundirse y clamó: «Señor, sálvame». Al instante Jesús le tendió la mano, le agarró diciéndole: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?». Y subiendo a la barca se calmó el viento» (Lc.14,27-32).

Los que en ella estaban se postraron ante El, diciendo: «Verdaderamente tu eres el Hijo de Dios».



La Transfiguración

Seis días después de la confesión de Pedro y de la promesa del Primado, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, hermano dé este, y los llevó a un monte alto y retirado (según la tradición fue el Tabor), y mientras oraban se transfiguró delante de ellos: su semblante resplandeció como el sol, y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve.

En esto se le aparecieron Moisés y Elías y se pusieron a hablar con El... Una nube los cubrió y de ella salió esta voz: *«Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias. A El debéis obedecer»* (Mt.17,1-9).

La finalidad de su transfiguración era, sin duda, el prevenirles, enseñándoles que si después lo iban a ver sufriendo tanto y pasando por tantas humillaciones como si fuera un malhechor, no perdieran la fe en El, pues padecía y moría voluntariamente porque quería así salvarnos.

Jesús en casa de Marta y María

Betania es un pequeño pueblo, distante de Jerusalén unos tres kilómetros y allí fue un día Jesús y se hospedó en casa de su amigo Lázaro, que tenía dos hermanas: Marta y María. Mientras Marta andaba solícita en los afanes del servicio de la Casa, María, sentada a los pies del Señor, escuchaba piadosamente sus palabras.

De pronto, Marta se paró ante Jesús y le dijo: «Señor, ¿no te preocupa que mi hermana me deje a mi sola en el servicio? Dile, pues, que me ayude». El Señor le respondió: «Marta, Marta, tu te inquietas y te turbas por muchas cosas; pero una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte» (Lc.10,41-42).

Las dos hermanas hacían cosas buenas: la una escuchaba y la otra trabajaba... y ¿qué quiso decir el Señor con decir: *«Una sola cosa es necesaria»?* Lo que más vale es escuchar la palabra de Dios y llevarla a la práctica, o sea, *vivirla.* Si escuchamos y vivimos el Evangelio alrededor de nosotros muchos y muchas cosas cambiarían...

El buen samaritano

Un día un doctor de la ley hizo a Jesús esta pregunta: «Maestro, ¿quién es mi prójimo?». Jesús le respondió con esta admirable parábola:

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y en el camino unos malhechores le despojan, le hieren y dejan abandonado. Pasó luego por aquel camino un sacerdote y no se le acercó; después un levita y pasó de largo. Pero llegó un samaritano, tan odiado por los judíos, lo atiende, lo cura y lo lleva en su cabalgadura a una posada, y dice al posadero: «Cuida de él y lo que gastares, a la vuelta te lo pagaré» (Lc.10,30-36).

Solemos decir que nuestro prójimo es el necesitado, el pobre, el que recibe un beneficio...; pero más bien será reconocer que «prójimo» es el que hace beneficios, el «que se acerca» para atender al necesitado. La frase de Jesús lo da así a entender: «¿Quién de los tres que por allí pasaba fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?»... El que se le acercó para atenderlo.

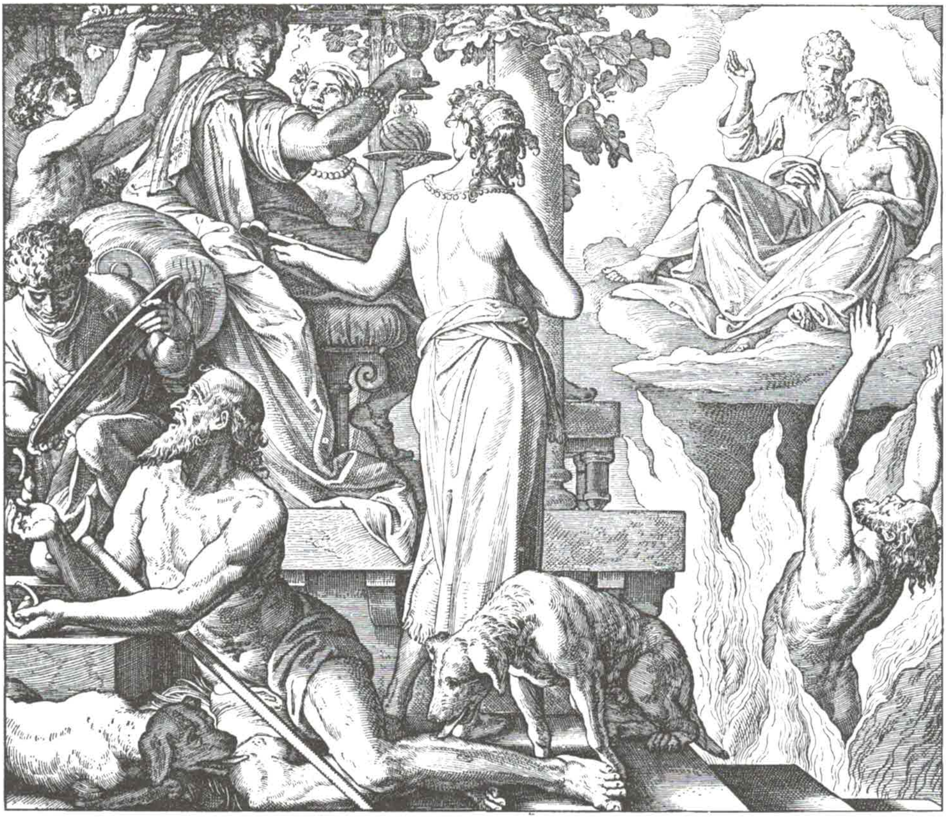
El mayor prójimo de la humanidad es Jesucristo, el que se acercó a nosotros, a la humanidad dolorida y pecadora, para curarnos...

Parábola del hijo pródigo

La parábola del «hijo pródigo» es una de las más bellas que brotaron del corazón misericordioso del Señor. Ella pregona el grande amor de nuestro Padre celestial en favor de los pecadores, que alejados de El por el pecado y muertos a la vida de la gracia, la recobran, cuando se vuelven a El arrepentidos de sus culpas.

Un padre tenía dos hijos: el menor huyó con la herencia de la casa paterna, dilapidó su juventud, derrochó su dinero entre placeres y orgías. Después el hambre, el sufrimiento y la miseria, y harto de sufrir, vuelve al hogar a implorar perdón a su padre, quien al verle le abraza y le pone la ropa más preciosa y manda celebrar un banquete.

Al volver el hermano mayor del campo y al ver la algazara y la fiesta recrimina a su padre porque él, a pesar de su conducta, nunca le ha permitido celebrar una fiesta con sus amigos. Entonces el padre le contesta: «Hijo, tu siempre estas conmigo y todos mis bienes son tuyos. Pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto y revivió: se había perdido y ha sido hallado» (Lc.15,31-32)...



El rico avariento y el pobre Lázaro

«Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día espléndidos banquetes. Un pobre, llamado Lázaro, yacía en su puerta, cubierto de llagas, que deseaba comer de las migajas que caían de la mesa del rico y hasta los perros venían a lamerle las úlceras.

Sucedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió también el rico, y fue sepultado, y en el infierno, en medio de los tormentos, viendo de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno, le pedía que tuviese piedad de él y enviase a Lázaro para que, con la punta del dedo mojada en agua, refrescase su lengua, porque estaba atormentada en aquellas llamas» (Lc.16).

Abraham le dijo: «Acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida, y Lázaro recibió males, y él es ahora aquí consolado y tu eres atormentado.

El rico epulón se condenó, no por ser rico, sino por haber usado mal sus riquezas.

El rico epulón temiendo que sus hermanos corrieran la misma suerte que él, le suplicaba a Abraham que avisase a sus hermanos del peligro de condenarse, y él le replicó: «Ahí tienen a Moisés y a los profetas que los escuchen...».

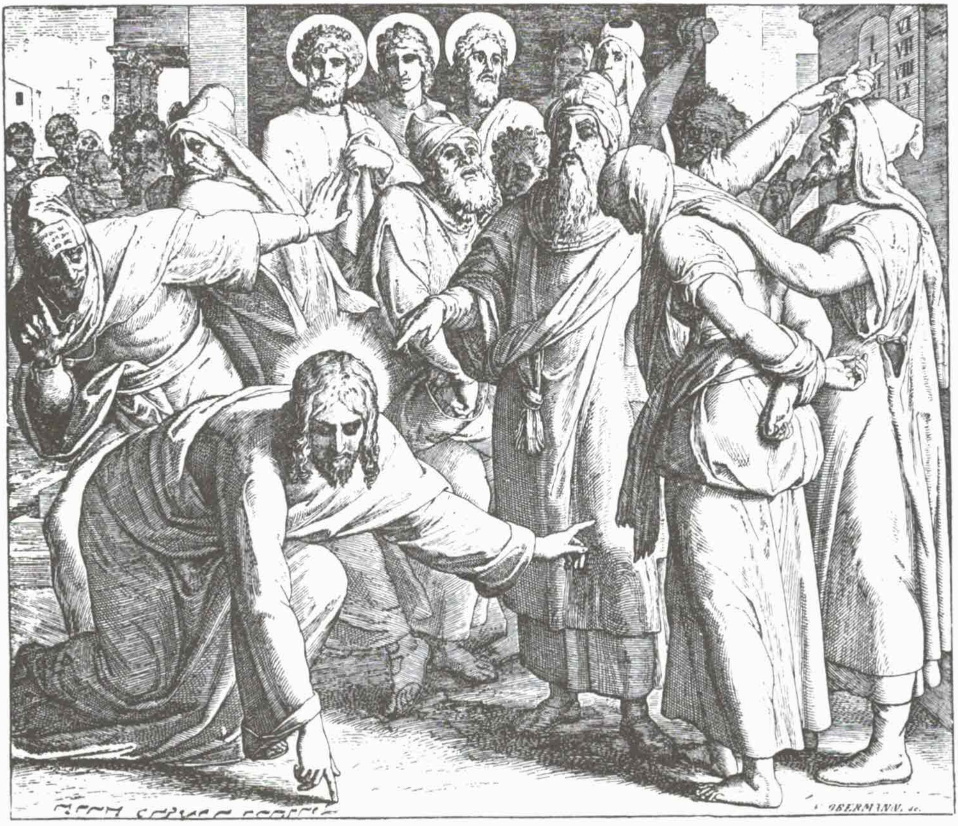
El fariseo y el publicano

Jesús en esta parábola condena el orgullo y alaba a los humildes. «Dos hombres subieron al templo a orar, el uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo, puesto en pie oraba de esta manera:

«Oh Dios! te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros ni como este publicano. Ayuno dos veces por semana... (Más que oración era una alabanza que se hacía).

El publicano, en cambio, quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y se golpeaba el pecho diciendo: ¡Oh Dios! ten compasión de mi, que soy pecador» (Lc.18,11-13).

Jesucristo terminó alabando la oración humilde del pecador, para enseñarnos que la humildad es una de las condiciones necesarias para la oración. «Os digo que el publicano bajo justificado a su casa y no aquel. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».



Jesús y la mujer adúltera

Cuando Jesús estaba enseñando en el templo, los escribas y fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en delito de adulterio. En la ley de Moisés se nos manda apedrear a éstas; tu ¿qué dices? Esto le decían tentándole, para tener de que acusarle. (Pues si decía que no apedrearla, lo acusaban de violar la ley, y si decía que sí, lo acusaban de no ser aquel que venía a salvar a los pecadores).

Como insistieran, Jesús inclinándose se puso a escribir en tierra (tal vez escribía los pecados de los que la acusaban) y al fin se incorporó y dijo: «El que de vosotros esté sin pecado que arroje el primero la piedra» (Jn.8,7). Ellos lo oyeron y fueron saliéndose hasta quedar sola la mujer. Entonces Jesús (la suma misericordia frente a la suma miseria, como comenta San Agustín) dice: Mujer, ¿nadie te ha condenado?» Nadie, Señor, le contesta ella, y Jesús añadió: «Yo tampoco te condeno; vete y no peques más».

Resurrección de Lázaro

Lázaro era el hermano único de Marta y María, de Betania, donde Jesús solía hospedarse cuando iba a Jerusalén.

Sucedió que cayó Lázaro gravemente enfermo, y sus hermanas pasaron razón a Jesús diciéndole: «Señor, el que amas está enfermo». Jesús contestó: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado». Sin embargo, Lázaro murió poco después, y Jesús habló claramente a sus discípulos: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos allá» (Jn.11,14-15).

Fue, pues, Jesús y se encontró con que llevaba ya cuatro días en el sepulcro, y Marta y María le dijeron: «Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano»... El las consoló diciéndoles que su hermano resucitaría..., pues les dijo: «Yo soy la resurrección y la vida...».

Momentos después fueron al sepulcro, seguidos de muchos que habían ido a darles el pésame, y Jesús les dijo: «Quitad la piedra». Marta asustada exclamó: «Señor, huele ya, hace cuatro días que ha muerto»...

Jesús elevó sus ojos al cielo y oró al Padre: «Por la muchedumbre que me rodea... PARA QUE CREAN QUE TU ME HAS ENVIADO..., gritó: Lázaro sal fuera» (Jn.11,47-48). Y al instante Lázaro resucitó...